

BX3706

c35

1858

v-5



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135902

HISTORIA

DE LA

COMPañIA DE JESÚS.

CAPÍTULO XXXIII.

Las reducciones del Paraguay y el P. Andrés Rada. — El P. Pastor entre los Mataguayos. — Sistema militar de los Jesuitas. — Los PP. Solinas y Zárate perecen víctimas de los salvajes. — Los Tobas y Mocobis. — Reduccion de Tarija. — El P. Arce en Guapay. — Reducciones de los Chiquitas. — La mujer causa de todos sus males. — Los Jesuitas del Paraguay conservan á Felipe V la fidelidad de los neófitos que los ingleses y alemanes tratan de sobornar. — Carta de Felipe V al provincial del Paraguay. — Aislamiento de los neófitos favorable á la monarquía. — El P. Caballero entre los Puraxis, los Manacicas y Quiriquicas. — Machoni y Yegros entre los Lullas. — Asesinan los Puizocas al P. Caballero. — Martirio del hermano Romero, de doce neófitos y de los PP. Arce, Blende, Silva y Maco. — Los PP. Aguilar y Castañares vengán todas estas muertes. — Trata D. José de Antequera de arrastrar á su partido á los cristianos del Paraguay. — Los Jesuitas al frente de la insurreccion. — Llámalos Antequera á sostenerla. — Favorece Felipe V el desarrollo de las Reducciones. — El P. Lizardi y sus trabajos. — Muere sobre una roca. — Castañares entre los Zamucos. — Estudian los misioneros el curso de los ríos. — El colegio de Corrientes. — Regresan los Tobatinas á la vida errante. — Persíguelos el P. Yegros y los reconduce en su compañía. — Los Pampas y los Tuelches. — El P. Quiroga en las regiones Magallánicas ó Patagonia. — El P. Baraze y los Moxas. — Crueldad de estos pueblos. — Trabajos del Jesuita. — Su muerte. — El río de las Amazonas y los misioneros. — El P. Vieira en el Marañon. — Predica la emancipacion de los esclavos. — Son acusados los Padres de dominadores. — Decreto del monarca de Portugal. — Son asesinados en el Xingu otros doce Jesuitas. — Sus colegios en las riberas del Marañon. — Los Jesuitas perseguidos por los comerciantes son defendidos por el Consejo Real. — El P. Richler en Ucayale. — Es asesinado por los Xiberos. — El P. Arlet entre los Canisienses. — Los Jesuitas en la California. — Robertson y Humbolt. — El P. Sepp entre los Tsharos. — Los PP. Lombard y Ramette en la Guyana. — Industriosa actividad del primero. — Sus medios de civilizacion. — Los Jesuitas en las Antillas. — Defiende el

P. Laborde la isla de San Cristóbal contra la invasión de los ingleses. — Los negros protegidos por los Jesuitas. — Su apostolado en Guinea y en el Congo. — Crean una sociedad en favor de los náufragos. — Los Jesuitas en el Canadá. — Situación de las misiones. — La Nueva-Francia y la Nueva-Inglaterra continúan en los lagos de la América septentrional la antigua lucha de Europa. — Los Iroqueses aliados de los ingleses. — Conducta de los Jesuitas entre las tribus. — Muerte del P. Marquette y el río del Ropaje negro. — Los Jesuitas entre los Illineses. — El P. Gravier. — Es asesinado por los Peouarias. — Política de los Jesuitas en favor de la Francia. — Barbé-Marbois y Chateaubriand. — Reunen los misioneros á los Hurones dispersos por los Iroqueses. — Reduccion de Loreto. — Los PP. Angelran y Carheil negocian la paz. — Los Anglicanos excitan al desenfreno á los Iroqueses. — Los Jesuitas entre estos pueblos. — Sus padecimientos. — Degüellan los ingleses al P. Rasle. — Funda el P. Rhu una cristiandad en la embocadura del Mississipi. — Los PP. José de Limoges y Dongé en la Luisiana Baja. — Asesinan los Natchez al P. Du Poisson. — Los Chicacas hacen quemar vivo al P. Sénat. — Los Jesuitas en el Ohio. — Los Ropajes negros y la tribu de los Ottawas. — Conclusion de las misiones.

Toda vez que nos es conocida la industriosa é infatigable paciencia con que los Jesuitas hicieron hombres y cristianos de todas las tribus dispersas sobre las márgenes de los rios, ó errantes por las montañas de América; ya fundando innumerables misiones, ya pasando á convertir en conquistas de la Cruz los imperios mas florecientes, los continentes mas áridos y desiertos, y las islas mas remotas, réstanos examinar ahora si con respecto á la administracion de tantos pueblos civilizados á favor de la adhesion al catolicismo, ha seguido perpetuándose el milagro, y si los Jesuitas modernos han sostenido y consolidado la obra de sus predecesores.

Habiéndose negociado una tregua de seis años entre los indígenas y españoles por la mediacion de los misioneros residentes en el Paraguay, y permitiéndoles esta recobrar en medio de los acontecimientos, el P. Andrés Rada, provincial del Perú y nombrado visitador de las reducciones, recibió el encargo de indagar las causas de las desavenencias ocurridas entre el obispo de la Asuncion, D. Bernardino de Cárdenas, y la Compañía de Jesús. Ya este Misionero, cuyo nombre habia atravesado los mares, habia agotado sus fuerzas en los afanes de la mision; pero no satisfecho aun el ardor de su caridad, quiso consagrar los últimos años de su vida al servicio de los enfermos en los hospitales, donde declarándose una fiebre contagiosa, no tardó en sucumbir vícti-

ma de su celo. Su muerte, ocurrida en el colegio imperial de Madrid, del que era rector, arrastró consigo el luto general de España; siendo por otro lado tan grande el respeto que inspiraban sus virtudes, que el cardenal de Aragon, arzobispo de Toledo, el Consejo real de Indias, y los oficiales superiores del ejército se disputaron el arriesgado honor de conducirlo á la tumba. Después de haber recorrido detenidamente la república cristiana de la Asuncion, en compañía de su nuevo obispo Gabriel de Guillestegui, impulsados ambos por un mismo sentimiento de equidad, dieron al rey de España y al General de la Sociedad una relacion lisonjera de la situacion de los negocios.

Poco tiempo después, el año de 1668, el P. Juan Pastor, que por dos diferentes veces habia intentado introducir el Evangelio en el Chaco, hizo una nueva tentativa; y escoltado únicamente por otros dos colegas suyos, penetró en la morada de los Mateguayos. Acogióronle estos sin cólera, pero no tardaron en conspirar contra sus dias; y no queriendo hacer pesar sobre ellos un crimen que haria imposible la introduccion de la fe, se sustrajeron los misioneros á una muerte que ansiaban. En 1671 fundaron cerca de Esteco una reduccion, á cuya cabeza se colocaron los PP. Bartolomé Diaz y Altamirano. Empero no era suficiente la tarea de crear una colonia: necesitaban buscar gente que la poblase; y los salvajes se obstinaban en continuar la vida nómada á que eran llamados á renunciar. Entonces fue cuando convirtiendo á sus neófitos en artesanos y soldados, los ocupaban en la construccion de edificios y poblaciones, en levantar ciudadelas y puertos, y en la defensa del pabellon que confiara la España á su experimentada fidelidad, sin que les fuese dado aceptar salario alguno en recompensa de estos trabajos y peligros. Visto por los misioneros que el comercio, la industria y agricultura bastaban á satisfacer todas sus necesidades y las de sus familias, no querian habituarlos á vender su sangre y sus brazos á la patria que los adoptaba, ó al soberano que los protegia; porque en su opinion, dar á aquellos cristianos ideas de codicia y lucro era sinónimo de perderlos.

Veinte años habian ya transcurrido en estas alternativas de triunfos prósperos y adversos, cuando llegado el de 1683, época en que desempeñaba el provincialato Tomás Baeza, aventuraron los PP. Diego Ruiz y Antonio Solinas, una tercera incursion en

el Chaco; país que por lo mismo que parecía oponer un muro de bronce á la entrada del Evangelio, llamaba mas la atencion de los Jesuitas, obstinándose estos en fecundizarle con sus sudores. Habian concluido por hacer comprender á los gobernadores del Rio de la Plata, como tambien á los monarcas de España, que jamás se abriria la puerta de esta region por el temor ó la fuerza; que no se someterian sus moradores sino después de haber aprendido á obedecer á Dios mediante el conocimiento de su ley, y que lo que importaba era lanzar á ella misioneros, y no soldados; y cediendo á sus observaciones Fernando de Luna y Nicolás Ulloa, gobernador el uno, y obispo de Tucuman el otro, habian encargado á los dos Jesuitas llevar á cabo esta mision. Llegado el 20 de abril de 1683, salen ambos Padres de Jujui, acompañados de Pedro Ortiz de Zárate, piadoso eclesiástico que aspiraba á la auréola de mártir; y después de haber atravesado las montañas del Chaco, se dirigen á las llanuras de Ledesma, donde les sale al encuentro el cacique de los Ollatas, quien ofreciéndose en union de su tribu y parte de las de Tobas y Tanos á entrar en relaciones, obligó á los misioneros á formar una reduccion con el nombre de San Rafael, compuesta de cuatrocientas familias. Visto por el P. Ruiz que se aproximaba el invierno, y no queriendo dejar expuesta su nueva colonia á los estragos del hambre, decidese á regresar á ella, y anuncia con anticipacion su llegada: adelántanse á recibirle los misioneros y sus catecúmenos; vense asaltados por una multitud de salvajes emboscados en una selva inmediata, y el 17 de marzo de 1686 el P. Solinas y Zárate perecen bajo sus flechas en compañía de sus neófitos.

Esta traicion de los Tobas y Mocobis no fue capaz de intimidar á los misioneros, que, conociéndose destinados á toda especie de perfidias y suplicios, no dejaron por eso de continuar su apostolado. En vano quiere el Monarca español, para preservarlos de las emboscadas, hacerlos escoltar por sus tropas; los misioneros conocen que seria inútil todo alarde de fuerza, y que solo serviria á exasperar á los salvajes, á quienes el cristianismo causa menos pavor que la esclavitud; y en este concepto se proponen arrostrar solos los peligros. Los salvajes que han podido apreciar la abnegacion de los Padres se hallan dispuestos á recibir su creencia; pero rehusan con la mayor obstinacion acoger al sacerdote católico, si viene á ellos bajo la proteccion de los españoles.

Fundada en el valle de Tarija una ciudad que tomó su nombre, suministró un medio de penetrar en el Chaco por la provincia de Charcas y la de los Chiriguanes. En 1690 estableció el Padre Ruiz un colegio en la ciudad de Tarija, del que hicieron los misioneros su punto de partida, y al que consagraron su fortuna el marqués del valle Toxo y doña Clementina Bermudez su esposa. Nombrado superior de esta mision el P. José de Arce, creó una nueva colonia en el Guapay. Pero no tardaron los progresos de la Sociedad en renovar los temores de los traficantes en esclavos; y esforzándose la insaciable avidez de unos en perjudicar el celo de los otros, cada día se originaban nuevos conflictos; cada día trataban de calumniar con mas ahinco, aun entre los mismos indios, á la Religion y los Jesuitas que se afanaban por manumitirlos.

Á través de estas dificultades que se renovaban sin cesar, sostienen su obra los PP. Arce, Centeno, Hervás, Cea, Felipe Suarez, Fideli y Dionisio de Ávila. Nada importa que los Chiquitas se vean atacados por los Mamelucos en ausencia del P. Arce; los neófitos, que no se propasarán á combatir hasta tenerle á su vista, imploran su bendicion para poder triunfar de sus enemigos; acude sin demora el Jesuita, y consiguen una completa victoria. Este triunfo obtenido en 1694, proporcionó á las reducciones un desarrollo tan rápido que, desde el año de 1695 al de 1707, fueron creadas otras cuatro que nada tuvieron que envidiar á las de los Guaranis. La tribu de los Chiquitas habitaba en las riberas del Guapay y del Parapiti, que, bajo el nombre del Rio de la Madera, desaguaban en el de las Amazonas. En este país infecundo, donde las variaciones de la temperatura engendran anualmente diversas enfermedades pestilenciales, no se conocia á la sazón otro medicamento que un deplorable fanatismo. Persuadidos los indios de que la mujer era la única causa de todos los males, al primer síntoma de dolor les era permitido matar á su madre, esposa, hija ó cualesquiera otra mujer que designaban al cacique. Es verdad que, prescindiendo de esta creencia, los Chiquitas no eran crueles ni sanguinarios; pero no tenian idea alguna de la familia, ni vestigio alguno de la ley natural. Cuando ocurría algun eclipse de luna, ó se cubria esta de nubes rojizas, imaginándose que á fuer de morderla los cerdos se llenaba de sangre, lanzaban flechas al aire con el objeto de defenderla hasta que volvía á re-

cobrar su argentado brillo. Los Jesuitas triunfaron paulatinamente de estos malos y supersticiosos instintos, y llegaron á domesticar estos selváticos caracteres, á quienes tenia embrutecidos una continua embriaguez.

Habiase encendido en España la guerra de sucesion. La Francia por un lado, la Inglaterra y Alemania por otro, se disputaban el trono de la Península. Los Jesuitas habian tomado partido por el nieto de Luis XIV, y deseaban, como este gran Rey, que no hubiese Pirineos. La colonia del Paraguay suministraba armas al Rey católico, al par que soldados, cuyo valor y subordinacion eran tanto mas apreciados, cuanto que, en semejantes circunstancias, les era dado ofrecer un bueno ó un mal ejemplo. Los ingleses entre tanto, que no ignoraban que de la suerte de estas provincias dependia quizás el porvenir de la América española, trataron desde luego de inspirar á los austriacos la idea de seducir á los catecúmenos; mas, visto que nada podrian obtener por los Jesuitas, eligieron algunos Trinitarios comprometidos en la bandera del Archiduque, y les encargaron de separar á los naturales del Paraguay de la obediencia que juraran al Rey y á los Padres. En 1703 el mismo Felipe V dió aviso de este oscuro complot, escribiendo en estos términos:

«Venerable y piadoso Padre provincial de la Compañía de Jesús en la provincia del Rio de la Plata: Acabo de saber que uno de los planes de mis enemigos se reduce á enviar á vuestra provincia algunos religiosos españoles, so pretexto de asegurar á los naturales que se les conservará en el ejercicio de nuestra santa religion católica, aunque, en realidad, con el objeto de introducir la discordia en estas posesiones á favor de los discursos que las harán escuchar en pro del Emperador. Tambien he sabido hace poco que actualmente hay en Londres dos religiosos Trinitarios, castellano el uno, y aleman el otro, que deben pasar á esas provincias; y, si logran introducirse en ellas clandestinamente, volverán á tomar el hábito de su Orden. Hállanse encargados de esparcir multitud de miles de ejemplares de un manifiesto impreso en nombre del Emperador, al que deberán apoyar por medio de sus discursos en público y en particular, con el fin de seducir la fidelidad de los vasallos: adviértoos que toman el nombre de misioneros apostólicos, sin haber jamás obtenido semejantes facultades. Por último, he tenido no-

«ticia de que tambien se encuentran en Londres dos seglares de quienes se dice que deben acudir al Paraguay, y de los cuales el uno ha sido poco há secretario del conde de Arrach, embajador en otro tiempo del Emperador en esta corte. En este concepto, he resuelto, para precaver los perjuicios que se irrogarian al servicio de Dios y al mio, así como á la tranquilidad de mis súbditos, de la introduccion de extranjeros enemigos de esta corona, escribiros esta por medio de la cual os suplico y ordeno que, si algunos religiosos extranjeros ó españoles, ó bien cualesquiera otros sugetos, de cualquier clase y condicion que sean, dan lugar á algunas sospechas, los hagais salir inmediatamente con direccion á la Península, exigiendo lo mismo de los superiores de los demás regulares.»

Á los Jesuitas del Paraguay no les era dado inmiscuirse en las intrigas políticas; pero veian apelar á la fidelidad que profesaban al que habia reconocido la Metrópoli por soberano, y trataron de aceptar el nuevo deber que se les imponia. Como, á favor de una precaucion cuya importancia conocia la corona, habian conseguido aislar á sus neófitos de todo contacto con los extranjeros, el paso dado por el Monarca no podia mas que fortificarlos en su primera idea. Demasiado felices para que los Jesuitas tratasen de hacerles participantes de las discordias de que era teatro la madre patria, se contentaron estos con recomendarles una vigilancia mas activa; y, sin tener otra noticia de los sucesos de la Península que la de que á Carlos II habia sucedido Felipe V, vieron pasar la guerra por encima de sus cabezas, sin conocer mas que de nombre á los príncipes que se disputaban el cetro.

Entre tanto penetraba el P. Caballero entre los Puraxis, á quienes ganó en breve á la civilizacion y al Evangelio; pero, como si el demasiado reposo fatigase su ardor, resolvió en seguida aventurarse entre los Manacicas. Sabe á ciencia cierta que le esperan infinitos peligros que arrostrar, ó quizás una muerte segura; pero confia en el Dios que le ha sostenido hasta allí; y á pesar de los ruegos de los Puraxis, emprende su expedicion. Acógenle con respeto los Manacicas, anúnciales el Evangelio, y avanzando desde esta region á la de los Sibacas, consigue hacer de ellos otros tantos prosélitos. Arrebatado de la impetuosidad de su celo, osa presentarse en el país de los Quiriquicas, los mas encarnizados enemigos de sus neófitos, y transforma su viaje en un

completo triunfo en favor de la Cruz: nada le importa que le amenacen frecuentemente con la muerte, ó que traten de hacerle caer en una emboscada; la protección del cielo y su prudencia bastan á preservarle de todo riesgo. Después de haber esparcido la semilla del cristianismo en lo interior de estas poblaciones salvajes, se esfuerza á inspirar á los Jurucarez, Suburacas, Arupurocas y Bahocas una primera idea de religion, y llega á conseguirlo.

Dejábase sentir, á pesar de todo, la necesidad de establecer otras nuevas colonias. La autoridad española habia tratado en un principio de oponerse á este incremento de la fe, merced á la baja que experimentaba la venta de esclavos con la multiplicacion de los neófitos; pero dejando ya de atormentar sus ensueños el temor que podian inspirarla los Jesuitas, y viendo que no solo no habian extraviado jamás de la obediencia á estas poblaciones, á quienes una palabra de sus labios bastaba á impeler á la fidelidad tan fácilmente como á la insurreccion, sino que en todas las ocasiones habian dado pruebas de ser los súbditos mas fieles de la monarquía, trató el virey de Tucuman de secundarlos en la fundacion de algunas residencias entre los Ojatas y los Lullas, eligiendo para ello á los PP. Machoni y Yegros. Imaginaban los Lullas, como la mayor parte de los indios, que en el agua del Bautismo se encerraba un veneno; llegando esta prevencion á arraigarse de tal manera en sus ánimos, que no veian en los misioneros mas que unos asesinos de la humanidad; pero habiendo conseguido los Jesuitas captarse su confianza después de prolongados y penosos esfuerzos, pudieron en 1712 aclimatar en este pueblo, que se mostró dócil á sus lecciones, la semilla de la fe.

Mientras que Machoni y Yegros se ocupaban en domesticar á los Lullas, extenuado Caballero del cansancio, continuaba su apostolado; y caminando de tribu en tribu y de mision en mision, llegaba, por fin, al territorio de los Puizocas, donde espiró el 17 de setiembre de 1711, en union de sus compañeros, bajo las mazas de los salvajes. Este martirio no era otra cosa que el preludio de muchos otros. En tanto que el P. Zea se dedicaba á evangelizar á los habitantes de Quiez, el P. Yegros y el hermano Alberto Romero se ocupaban en la conversion de los Zamucos, quienes cambiando repentinamente de disposicion, se sublevan contra los misioneros, y no teniendo estos otra fuerza que oponerles mas que

la moral, fueron asesinados en compañía de doce neófitos. Cási en la misma época, en 1717, perecieron los PP. Arce, Blende, Silva y Maco, víctimas del acero de los salvajes denominados Payaguas. Temiendo los misioneros que la sangre de sus colegas despertase los sanguinarios y salvajes instintos de los catecúmenos, no bien cimentados aun en la Religion, les ocultaban estos asesinatos; y haciéndose labradores con ellos, les acostumbraban paulatinamente al trabajo. Después de los homicidios cometidos en los Jesuitas por los Zamucos, los salvajes creyeron librarse de las venganzas del cielo y de la predicacion de los Padres, apelando á la fuga; pero no consintiendo los Jesuitas Aguilar y Castañares en dejar impune esta desercion, y sabiendo por otro lado que en aquellos caractéres volubles se extinguía el recuerdo del crimen con la misma facilidad que la huella de la sangre; y que, merced á una voluntad mas obstinada que su indolencia, se conseguia siempre dominarlos, dirigense á sus aduares en el momento que mas seguros se creian, y arrastrados por la dulzura de sus palabras, los siguen á la colonia de San Rafael, donde volvieron á continuar los ejercicios de los catecúmenos.

Y no era por cierto de parte de los indios, declarados en guerra con la civilizacion, de quien podian temer los Jesuitas nuevos desastres, ya porque estos asesinatos parciales en nada modificaban el plan trazado, ya porque la muerte de unos cuantos no embarazaba en manera alguna la marcha de los demás. Organizábase las reducciones bajo la potente mano de los misioneros, y bajo la misma llegaban á un alto grado de prosperidad moral y material. Sin embargo, varios acontecimientos políticos vinieron á turbar la paz de estas provincias tranquilas y pacificas hasta entonces. Hallábase á la sazón desempeñando el empleo de gobernador en el Paraguay D. Diego de los Reyes, quien cerciorado de que su cuna no correspondia á la dignidad con que le honraba el Monarca, y creyendo que á favor de la indulgencia y de la equidad lograria desarmar la oposicion, quiso desde luego ser justo, y tomó por su cuenta la defensa del débil y del oprimido. Humillando de esta manera la avidez insaciable de algunos, y haciendo fracasar los proyectos de otros, encarcelaba sin consideraciones de ninguna especie á cuantos intentaban desvirtuar su poder ó desnaturalizar sus intenciones; pero ignoraba este desgraciado que, mientras que todos los europeos le eran hostiles,

él no contaba en su favor otro apoyo que la rectitud de su conciencia. Hizo el odio marchar las cosas con tanta rapidez, que bien pronto se vió acusado el Gobernador ante la real Audiencia de Charcas, la cual envió al Paraguay uno de sus miembros, llamado José de Antequera, con el objeto de averiguar los hechos en que se fundaba la acusacion. Impetuoso Antequera, devorado de la ambicion, y dispuesto á secundar una intriga tan fácilmente como á urdirla, ansiaba la autoridad con el mismo ardor que las riquezas. Pasando de informador á juez, no tardó en constituirse gobernador en lugar de su víctima. Habíase educado entre los Jesuitas de la Plata y de Lima, pero no ignoraba que su usurpacion tendria pocos aplausos entre los de la Compañía; y sabiendo que Los Reyes se habia retirado al Paraná, trató de acampar del otro lado del Tabiguari, con el objeto de ponerse en contacto con los Padres y las colonias. Los misioneros, que no vieron en este paso mas que una provocacion, guardándose bien de manifestar sus alarmas, y tratando de evitar una lucha funesta, escribieron á Antequera que tuviese á bien prevenir esta desgracia con una retirada voluntaria. El Gobernador, cuya autoridad era de todo punto irregular, temió que los neófitos tomasen partido en favor de la ley violada; pero conducidos á su campamento los alcaldes y oficiales de las colonias por los PP. Robles y Ribera, le declararon que no se propasarían á secundar un movimiento militar sin orden expresa del Rey.

Tranquilo por su parte el usurpador, se ocupa desde luego en la ejecucion de sus planes; y no teniendo ya que temer por la de los neófitos, trata, para dar mas consistencia á su proyecto, de desterrar de la Asuncion á todos los Padres de la Sociedad de Jesús. Comprendiendo los misioneros por lo que pasaba en aquella colonia cuáles eran los designios de Antequera, se decidieron á neutralizar sus planes, que se reducian nada menos que á ocupar las reducciones, declarándose su jefe, después de haberlas sustraído á la corona de España. Inaugurada la guerra civil, conducida á estas regiones por el rebelde Magistrado, é imaginando este que para triunfar necesitaba perder á los Jesuitas, empieza por calumniarlos, y no perdona medio para conseguirlo; pero estos últimos habian tenido tiempo de precaverse contra semejante agresion, y como por otro lado contaban con la adhesion de los catecúmenos, fuese debilitando poco á poco el partido de Ante-

quera; mucho mas cuando á nadie se le ocultaba que el Consejo real de Indias no disimularia semejantes extravíos.

Abandonado el Cabecilla por el ejército que habia reclutado, no tuvo el suficiente valor, á vista del patíbulo, para carecer de amigos y consoladores: viéndose desamparado de todos, este hombre, hasta entonces tan orgulloso y que tantas veces habia preconizado la insurreccion contra los Jesuitas, los llama á su calabozo. Preséntanse en él efectivamente los PP. Tomás Cavero y Manuel Galezan; arrójase á sus plantas el Magistrado; manifiesta un profundo arrepentimiento de los crímenes que le hiciera cometer la ambicion, y pide que le dejen conversar un rato con algunos de sus antiguos preceptores ó condiscipulos, individuos todos ellos de la Sociedad de Jesús. Empero esta reparacion no bastaba á contener los progresos del mal que produjera tanto número de pasiones puestas en juego. Es verdad que abandonaban en manos del verdugo al traidor que habia osado levantar el estandarte de la rebelion; pero al mismo tiempo compadecian, y aun admiraban al pretendido mártir de la libertad. Si Antequera habia soñado que trabajaba por la emancipacion del Paraguay, sus cómplices ó seducidos, que no podian excusar su cobardía ó hacerse perdonar su desercion sino propalándose víctimas de los Jesuitas, dieron lugar con esta aseveracion á que las ejecuciones del anterior y del alguacil mayor, Juan Mena, acalorasen los ánimos del partido que habian formado. Apenas habia pasado un mes desde la muerte trágica de Antequera, ocurrida en 5 de julio de 1731, cuando la junta rebelde de la Asuncion proscribió por segunda vez á los hijos de Loyola.

« Hé aquí, reverendo Padre, escribia el obispo D. José Paloz al P. Gerónimo Herranz, provincial del Paraguay, con la misma fecha; hé aquí el dia mas infortunado de mi vida, y miro como un milagro que no haya sido el último; porque yo verdaderamente hubiera debido morir al ver á mis queridos hermanos y respetables Padres expulsados por la Junta, cuya obstacion no me ha sido posible vencer, á pesar de haberla pasado tres moniciones consecutivas de la excomunion fulminada en la bu-la *In coena Domini* contra todos los que aconsejan, favorecen ó ejecutan un crimen tan enorme, y á pesar del entredicho general y personal que acabo de lanzar contra toda la ciudad y provincia. Á la primera noticia que tuve de su designio, mandé